

PRESENTACIÓN DE LOS CARTELES PREMIO HERNÁN PEREZ DEL  
PULGAR CONVOCATORIA 2016 Y 2017,

POR EL TENIENTE CORONEL Y CABALLERO MAESTRANTE ILMO. SR.  
D. PABLO ARREDONDO GONZALO

Excmo. Sr. Tte. de su Majestad el Rey, Excmo Sr Tte General Jefe del MADOC, excelentísimas autoridades civiles y militares, caballeros maestrantes, señoras, ...

Dos son los carteles que pueden ver delante de este atril, uno corresponde al anuncio de la convocatoria 2016 cuyo al premio acabamos de entregar y el de su derecha corresponde a la convocatoria del premio Hernán Pérez del Pulgar convocatoria 2017; en ellos el pintor Ferrer-Dalmau, detiene el tiempo en dos precisos y preciosos instantes de dos guerras decisivas en la historia de España.

Una carga de caballería en este caso de la guerra de Filipinas, para el cartel anunciador de premio 2017, y en el caso del premio entregado hoy la marcha de una columna legionaria en la conocida como guerra de África.

Dos ejemplos más de como el Ejército, a pesar de una gestión política bastante cuestionada en su tiempo, de una posible falta de medios y de armamento moderno, e incluso del reconocimiento de la sociedad a la que sirve, sabe sacar lo mejor de las personas, los valores de los que Todos los seres humanos somos portadores; los valores que guían nuestra conducta y nos ayudan a establecer prioridades, a tomar decisiones especialmente en momentos de incertidumbre o en situaciones difíciles y, en el caso del militar, debiendo en los lances dudosos elegir el más digno de su espíritu y honor.

Y en este contexto de “valores” quiero traerles hoy y aquí, en esta casa de la RMCG el recuerdo del primer capitán de esa unidad legionaria, aquel de quien diría el Tcol Milla-Astray a su madre en una carta

“ ...escribiré una oración militar -la oración de los héroes- y en ella y en puesto preferente irá el nombre del capitán Sr. D. Pablo Arredondo de Acuña, para que la reciten y **sirva de ejemplo a las tropas y a todos los españoles.**”

José Millán-Astray

Es para mí un honor exaltar la figura de un héroe español y en este caso militar, el comandante Arredondo, que bien podría ser uno de los representados en el cuadro de Ferrer-Dalmau de la columna legionaria que ha servido como cartel para la convocatoria del premio que acabamos de entregar.

Capitán Arredondo que es uno de los más grandes héroes españoles del siglo XX, nada menos que dos veces caballero de San Fernando, Medalla Militar Individual, un ascenso por méritos de guerra, más de 50 acciones de combate y 10 heridas de guerra anotadas en su hoja de servicios.

Pero también, y quizás sobre todo, Arredondo es un ser humano extraordinario por su altruismo, por su generosidad, por su valor y su indomable voluntad, por la alegría y serenidad que sabía transmitir a los que le rodeaban en las ocasiones más difíciles y por la pasión que en todo ponía, **“modelo de caballeros y de soldados”**, como lo definió el teniente coronel Mola al conocer su heroica muerte.

Pablo Arredondo Acuña nació en Baeza el 8 de enero de 1890; en 1908 ingresa en la Academia de Infantería y en 1911 es promovido a segundo teniente y destinado a Alcalá de Henares. Pero, habiendo comenzado ya la Guerra del Rif, el joven teniente pide ser destinado a una de las unidades que tenían previsto pasar a África. Así, en mayo de 1913 llega a Ceuta con el Batallón de Cazadores de Arapiles nº 9, unidad en la que sólo un mes después (y con tal solo 23 años) ganaría su primera Cruz de San Fernando en el combate de Laucién.

Fue el día 11 de junio cuando al replegarse su batallón, que había salido de Tetuán para proteger el regreso de la columna de Primo de Rivera, ya de noche, el enemigo se lanza en tromba sobre la 3ª Compañía, cuya última sección mandaba el teniente Arredondo. Toda la compañía se defiende con bravura, pero se destaca la sección de Arredondo, *“que al realizar un ataque a la bayoneta fue herido de bala en una ingle, no obstante lo cual continuó en su puesto y tomó parte en otros dos ataques a la bayonetas, haciéndose notar por su valor y serenidad”*, consiguiendo, cuando el enemigo se retira, reunir lo que queda de su sección y marchar con ella, llevando sobre sus hombros a un soldado herido, hasta Tetuán.

De su humanidad y de la naturalidad con que asumía su propia grandeza da exacta idea la nota que desde la camilla en la que lo llevaban al quirófano escribió a su hermano Juan: *“Me han herido de gravedad en la cadera, saliendo la bala por bajo de los riñones, pero estoy tranquilo y contento por haber sabido cumplir con mi deber y permanecer en mi puesto. Puedes estar orgulloso de mí. Prepara a mamá para que no sufra. Pese a que no he hecho nada más que lo que debía, me proponen para la Laureada”*.

No del todo recuperado de aquella herida, como consecuencia de la cual perdería un riñón, se incorpora al Grupo de las Fuerzas Regulares Indígenas de Melilla de guarnición en Tetuán, unidad con la que tomó parte en ocho acciones de combate, mereciendo ser nombrado como distinguido en la Orden del Cuerpo y

recompensado con la Cruz del Mérito Militar con Distintivo Rojo, lo que acrecentó su fama de oficial valiente y sacrificado.

En septiembre de 1920, ya siendo capitán es llamado por Millán Astray para incorporarse a la élite que compondría el primer cuerpo de oficiales del recién creado Tercio de Extranjeros. “*Arredondo -le escribe Millán- necesito tu entusiasmo*”, y le promete sufrimientos sin fin, primera línea de combate, probablemente la muerte, y la gloria, si es capaz de merecerla. Arredondo no supo negarse y el 1 de octubre se incorpora a La Legión para ocupar el mando de la 1ª Compañía de la 1ª Bandera.

Tras unos meses dedicados a la organización e instrucción de su compañía, el 18 de abril lo vemos operando en los combates en los que la Legión recibió su auténtico bautizo de fuego como la ocupación de la posición de Muñoz Crespo.

En la toma de esta última, y después de tres días de feroces combates, el 29 de junio Arredondo es herido una vez más. “*Cuando me acerqué a él -cuenta el legionario y periodista Carlos Micó en su libro Los Caballeros de la Legión- estaba de pie y me dijo en un tono en el que no se adivinaba ni nerviosidad ni emoción: Avisa que venga inmediatamente una sección de ametralladoras, porque nos están asando; tengo ya dos balazos en los muslos. Cuando acudieron los camilleros el heroico capitán ya estaba acostado en el suelo. “¡No os acerquéis a mí -gritaba-, que están tirando muy bien! ¡Me han tumbado de dos balazos más! Batid primero al enemigo, ya vendréis luego a por mí”*”. Cuando horas después lo recogieron, la situación de Arredondo era muy grave, lo que le obligó a un doloroso peregrinaje por diversos hospitales de campaña, hasta que finalmente resultó imprescindible evacuarlo a Madrid.

De haber sido otro su carácter, ahí podría haber terminado la sufrida y brillante carrera militar de Arredondo, retirándose a Baeza como un heroico inválido, pero no; el capitán Arredondo estaba hecho de otra madera y ni supo ni quiso eludir su sagrado compromiso con la Patria, con La Legión y con sus legionarios.

Durante los tres años siguientes Arredondo se embarcó en la ardua tarea de volver al servicio, empleó gran parte de su capital en médicos, visito y suplico al Rey, disimulo su cojera ante los tribunales médicos, y al final, Arredondo consiguió ser dado apto para el servicio activo, eso sí, con la ayuda de un artilugio ortopédico que le acompañaría el resto de sus días.

Reincorporado a la Legión el 23 de julio de 1924, ni los dolores de sus heridas, ni el hambre, ni la sed, ni las extremas condiciones de vida y combate de las que habla en sus cartas consiguen empañar la felicidad de Arredondo al encontrarse de nuevo al frente de su legionarios. “*Después de seis días sin suministro alguno -le escribe*

a su madre- *finalmente tuvimos que sacrificar al caballo, que nos comimos asado sin pan, sal ni nada más. Lo peor es que ahora tendremos que repartir su carga. Lo que bebimos no es para contar*". Así pasaría los cuatro siguientes meses, tomando parte en los innumerables combates que entonces se sucedieron, hasta el 19 de noviembre en que, durante la retirada de Xeruta al Zoco de Arbaa, encontraría gloriosa muerte y ganaría su segunda Laureada y la Medalla Militar Individual.

Ese día, apenas iniciado el movimiento bajo un violento temporal de agua y viento, la columna fue atacada con gran intensidad por numerosos enemigos de las kabilas de Xeruta y Xauen, y muerto el general Serrano y ocupados por los moros puestos de protección prematuramente abandonados, la columna, en uno de cuyos últimos escalones iba Arredondo, tuvo que continuar su marcha en condiciones muy desfavorables. Acentuado el taque del enemigo, *"el capitán Arredondo, al mando de la Primera Compañía, ocupa posiciones ventajosísimas para facilitar la retirada, conteniendo briosamente al enemigo hasta ver a salvo a todas las fuerzas de la Sexta Bandera y del Grupo de Regulares de Ceuta. Al empezar el repliegue, Arredondo es herido en el pecho y, comprendiendo la crítica situación de las fuerzas en retirada, permanece en su puesto batiendo al enemigo y sacrificándose por la seguridad del resto de la columna. Cercada su compañía, defienden todos caras sus vidas, hasta que la superioridad del enemigo acaba con ellos, muriendo el capitán de un segundo balazo, los oficiales y los legionarios con espíritu espartano, en cumplimiento de su deber"*. En aquel momento, el capitán Arredondo tenía 34 años de edad, y su cuerpo, que nunca se recuperaría, hubo de ser abandonado al enemigo.

Como presagiando su destino, tres meses antes Arredondo había otorgado testamento en Tetuán. En él, tras dar fe de sus creencias, decía: *"Lego a mi ahijado Pablo la Cruz de San Fernando que lleve en mi uniforme al morir, y sepa cumplir con la Patria. Lego a mi sobrino Pablo, hijo de mi hermano Luís, mi uniforme ensangrentado con el mismo fin. Encargo a mis hermanos Juan y Luís, hagan un ligero resumen de mi vida militar y muerte por la Patria, para que se lo lean con frecuencia a sus hijos, para que sirviéndoles de ejemplo, lo sigan y sean hijos amantísimos de España, como yo siempre lo fui"*. Ni un atisbo de amargura puede encontrarse en este estremecedor documento, ninguna pena ni desesperación; solo una escalofriante normalidad ante el casi seguro designio de morir en combate y una absoluta disposición para el sacrificio.

Hoy, yo, con la lectura de este resumen de su vida militar, cumplo con la voluntad del Capitán Arredondo, para que sea ejemplo de amor a España de todos los presentes en este acto.

Pero si impresionante es la corta vida del capitán Arredondo, no lo es menos los recuerdos que la contemplación de Cartel anunciador del Premio 2017 nos trae a la memoria: otro trozo de la historia de España que marco toda una generación y una época.

La expedición de Magallanes-Elcano desembarcó en el archipiélago filipino, en marzo de 1521, siendo a partir de 1565, Miguel Gómez de Legazpi y Andrés de Urdaneta quienes dirigirán el proceso de conquista, explotación económica y establecimiento de rutas comerciales que pongan en valor las Filipinas para la Corona española y durante los siglos XVI y XVII las fuerzas hispano-filipinas combatirán contra las ambiciones de chinos, japoneses, holandeses y británicos.

Aunque la Constitución liberal de 1812 estableció la representación filipina en las Cortes españolas y setenta diputados serían los responsables de velar por los intereses filipinos en la Asamblea Legislativa española La independencia de los virreinos americanos quebró las relaciones económicas hispano filipinas.

La Constitución española de 1837 eliminó la representación filipina en las Cortes españolas y a partir de ese momento se sembró la semilla del independentismo filipino.

A finales del siglo XIX Estados Unidos se había transformado en una gran potencia naval. Su economía muy industrializada buscaba nuevos mercados en Asia. China era el cliente idóneo y Filipinas podría ser el almacén abastecedor de ese mercado. Norteamérica veía a España, que lleva varios años combatiendo contra la independencia de cuba y filipinas, como un enemigo fácil de vencer.

Las Fuerzas españolas habían aprendido interesantes lecciones en el conflicto filipino. La concentración de fuerzas, en lugar de la dispersión por la inabarcable geografía filipina; el uso de columnas tácticas, formadas por pequeñas unidades de todas las Armas; la cooperación con la Armada, que daba apoyo de fuegos y sostenimiento logístico a los efectivos terrestres, por medio de sus fuerzas sutiles... Pero también se cometieron graves errores políticos, como el fusilamiento de Rizal, líder intelectual filipino partidario de unas Filipinas unidas a España pero disfrutando de una amplia autonomía.

De los combates contra los filipinos, los Capitanes Generales españoles obtuvieron el convencimiento de la intervención norteamericana, el presagio de una futura guerra entre España y los Estados Unidos. Así, D. Fernando Primo de ordenó construir una línea de blocaos en torno a Manila, dispuso la protección de la bahía de Subic, de Manila y de Cavite mediante modernas y potentes baterías artilleras capaces de batir tanto objetivos terrestres como navales. También emite una serie de recomendaciones dirigidas a la Armada, entre las que destaca la de no entablar

combate contra los buques norteamericanos en mar abierto. Tras el hundimiento del “Maine” en La Habana (febrero de 1898) y ante la inminencia de la ruptura de hostilidades entre España y los Estados Unidos, la táctica adecuada será entablar el combate cerca del litoral y contar así con la potencia de fuego suplementaria de la Artillería de Costa.

La Armada española disponía en Filipinas de diez navíos de más de 500 Toneladas y una treintena de transportes armados y unidades sutiles (Cañoneras, lanchas guardacostas, etc.).

Ni eran viejos, ni de madera, ni su artillería era inferior a la norteamericana. El primero de mayo, el almirante Montojo se enfrentó al comodoro Dewey. Montojo se retiró del combate de forma prematura, cuando nada estaba decidido aún, regalando la victoria a los norteamericanos.

A partir de esta derrota, la iniciativa estratégica quedó en manos norteamericanas, que multiplicaron los apoyos a los independentistas filipinos. Las guarniciones españolas resistieron los asaltos enemigos hasta que se agotaron las municiones y los víveres. El Ejército, la Guardia Civil o la Infantería de Marina protagonizan estas acciones. Entre ellas brilla la defensa de Calamba, que supuso la Laureada para el capitán Sequera. Los contraataques hispanos menudearon, aplicándose el dicho del Gran Capitán en Garellano: “Antes ganar un paso adelante, aunque sea para la sepultura, que dar un paso atrás para volver a las fatigas pasadas”.

El esfuerzo principal del Ejército de Tierra en la fase final de la guerra, se concentró en la defensa de Manila. De nuevo, los desaciertos políticos entorpecen la acción militar. El Gobierno cesa a Primo de Rivera que había acabado con varios levantamientos nativos (moros, igorotes, tagalos) forzando a los cabecillas insurrectos a la paz de Biak na Bato y nombra Capitán General de Filipinas al general Basilio Augustin y Dávila, que carece de conocimientos del teatro de operaciones.

Augustin tomó unas medidas inútiles, como la creación de una Asamblea Filipina, que nunca fue un instrumento político contra el KATIPUNAN, o la organización de una milicia filipina, con 14,000 efectivos de etnia no tagala (la cual lideraba el independentismo), que una vez instruida y armada no tardó en desertar y unirse a los rebeldes en su mayor parte.

Para la defensa de la capital, que comenzaría en junio de 1898, el Ejército organizó una primera línea defensiva que cerraba los accesos a Manila desde las provincias de Cavite, Laguna de Bay, Morong y Bulacán. Actuaba como línea de vigilancia. La segunda línea era la responsable de una defensa sin idea de retroceso, apoyada sobre una quincena de casamatas resistentes al fuego de fusilería pero no al artillero

y tres fortines artillados. En las inmediaciones del casco urbano se concentraban la Artillería y las reservas (Caballería, Guardia Civil), responsables de los contraataques. Total, 12.000 hombres, cuarenta y cuatro piezas artilleras y dos ametralladoras. Enfrente, miles de filipinos, armados y apoyados por Estados Unidos, junto a un contingente norteamericano de 16.400 hombres que dejaron los ataques en manos de los filipinos hasta que se decidieron a entrar en combate el 31 de julio.

Los combates fueron de gran intensidad. En ocasiones, los filipinos alcanzaron los barrios periféricos de Manila, pero fueron rechazados hasta sus posiciones de partida por los escuadrones de Caballería y las fuerzas de la Guardia Civil Veterana.

Las fuerzas españolas derrocharon abnegación, valor, disciplina, espíritu de sacrificio, sentido del deber, compañerismo, afán de superación, lealtad, honor, obediencia, responsabilidad, moral, decisión, fidelidad, patriotismo...

Destaca, entre todas las unidades, la Sección de Cazadores que defendió la iglesia de Baler durante casi un año. Algo más de una treintena de soldados españoles que, según escribió su Teniente D. Saturnino Martín Cerezo, “puso allí en evidencia que no han decaído nuestras virtudes militares: Conviene recordarlo, siquiera no sea más que para reanimar esa fe salvadora de que tanto necesitamos actualmente”.

El 29 junio de 1898, dio comienzo el asedio de la iglesia de Baler, donde resistían cuatro oficiales, cuatro cabos, 45 cazadores, un corneta, tres sanitarios y dos religiosos (59 hombres en total), a las órdenes del capitán D. Enrique de las Morenas y Fossi. Muerto este el 23 de noviembre, la heroica defensa corrió a cargo del segundo teniente D. Saturnino Martín Cerezo, quien firmó las capitulaciones el 2 de junio de 1899, cuando solo sobrevivían 33 militares y los dos religiosos.

Quienes pasaron a la historia como “los últimos de Filipinas” resistieron durante 337 días frente a una fuerza muy superior de tagalos armados con varias piezas de artillería. A pesar de las bajas en combate, las enfermedades, la escasez de alimentos y la desertión de unos pocos, esta pequeña unidad se defendió con una firmeza y un valor dignos de admiración. Los sucesivos emisarios enviados por España para confirmarles que la guerra había terminado, no lograron persuadirles. Cuando finalmente capitularon, lo hicieron con todos los honores, desfilando con sus armas delante de sus enemigos, que facilitaron su regreso a España.

El presidente filipino firmó este decreto: Habiéndose hecho acreedoras a la admiración del mundo las fuerzas españolas que guarnecían el destacamento de Baler, por el valor, constancia y heroísmo con que aquel puñado de hombres aislados y sin esperanzas de auxilio alguno, ha defendido su bandera por espacio

de un año, realizando una epopeya tan gloriosa y tan propia del legendario valor de los hijos del Cid y de Pelayo; rindiendo culto a las virtudes militares e interpretando los sentimientos del ejército de esta República que bizarramente les ha combatido, a propuesta de mi secretario de Guerra y de acuerdo con mi Consejo de Gobierno, vengo a disponer lo siguiente:

Artículo Único. Los individuos de que se componen las expresadas fuerzas no serán considerados como prisioneros, sino, por el contrario, como amigos, y en consecuencia se les proveerá por la Capitanía General de los pases necesarios para que puedan regresar a su país.

Dado en Tarlak a 30 de junio de 1899.

El presidente de la República, Emilio Aguinaldo.

El secretario de Guerra, Ambrosio Flores.

La heroica resistencia de los defensores de Baler es un modelo de amor a la patria, honor, lealtad, disciplina, compañerismo, espíritu de sacrificio y ejemplaridad, manteniendo estos valores contra toda desesperanza.